

predominante en los tres capítulos que concluyen la obra (“La clasificación”, pp. 189-227; “Las emociones”, pp. 231-271; “El Estado”, pp. 275-317). Cada uno de los temas abordados en estas páginas se utiliza en realidad como pretexto para acusar a la IA de racismo y sexismo. El hecho es que la base de la acusación es a menudo tan débil que las posiciones polémicas de Crawford pierden credibilidad. El “modelo restrictivo de los géneros binarios” (p. 202) – es decir, la distinción natural entre hombre y mujer – es, para la autora, inherentemente discriminatorio; la aplicación de la ley y la lucha contra el crimen son, al parecer, inherentemente racistas. El tema de la discriminación se vuelve tan redundante en estas páginas que a veces tiene incluso un efecto cómico; en cierto momento, uno casi se pregunta si, para Crawford, no es tanto la IA la que es discriminatoria, sino la realidad misma.

En esta segunda parte de la obra, las buenas premisas iniciales naufragan definitivamente en un mar de ideología. Por tanto, se aconseja a quienes busquen una introducción científica y filosóficamente bien fundada al mundo de la IA que miren en otra parte. El libro, sin embargo, puede resultar un recurso valioso para el lector interesado en descubrir cómo una reconocida intelectual neomarxista ve hoy el mundo.

Valentino Pellegrino  
valentino.pellegrino@unive.it  
Università Ca’ Foscari Venezia

BOLLORÉ, MICHEL-YVES y BONNASSIES, OLIVIER: *Dios. La ciencia. Las pruebas. El albor de una revolución*, Funnambulista, Las Rozas 2023, 584 pp. ISBN: 978-84-1265-879-8.

La publicación en España de esta obra viene precedida por el éxito editorial que ha tenido la edición original en Francia, tal y como se ha anunciado a bombo y platillo en la campaña publicitaria en nuestro país. Si a este hecho unimos el último de los subtítulos del libro: “el albor de una revolución”, no podemos otra cosa que pensar que estamos ante una nueva vuelta de tuerca a la reflexión sobre Dios a partir de los datos que nos ofrece la ciencia. Sin embargo, en esta obra no encontramos ninguna novedad, tampoco rigor metodológico, y sí afirmaciones que demuestran falta de conocimiento en cuanto se sale del campo de la física que dominan los autores.



Desde la introducción queda claro que el título lleva a engaño. Como no podía ser de otra manera, en el momento en que los autores tratan de inferir la existencia de Dios a partir de la ciencia, se adentran en un campo que excede los límites de la misma ciencia, algo a lo que nos tienen muy acostumbrados los autores materialistas que tratan de probar de manera científica la no existencia de Dios.

Las primeras alarmas saltan en el momento en que los autores explican qué es para ellos una prueba. Diferencian entre pruebas absolutas y pruebas no absolutas. Estas últimas incluyen todas aquellas que no forman parte de un sistema formal donde la validez está garantizada debido a que las condiciones han sido prefijadas (pp. 35-49). Esto hace que todas las pruebas que proceden de las ciencias empíricas sean no absolutas. A partir de ahí exponen la intención del libro:

“Desde esta perspectiva, este libro no pretende aportar la demostración de la existencia de Dios sino un conjunto de pruebas racionales, numerosas, convergentes y que provienen de diferentes ámbitos, y, por tanto, independientes” (p. 41).

Esta intención parece alejarse de un intento de demostrar la existencia de Dios de manera científica, y llevarnos ante las legítimas preguntas que el estudio del mundo puede hacer brotar. Sin embargo, en la página 47 hacen una clasificación de las pruebas no absolutas sorprendente. En el grupo cinco, que corresponde a las pruebas teorizables y confrontables con la realidad, encontramos al mismo nivel la teoría de la evolución, la paleontología (¿?) y la existencia de un Dios creador. Y desde esta convicción, se adentran en la tarea de demostrar la existencia o no de Dios. Y añaden, de manera contradictoria con la cita que hemos señalado antes, y apoyándose en una cita de Dawkins, que la existencia de Dios es una teoría científica demostrable como cualquier otra.

Podemos dividir el libro en dos grandes partes. Una primera parte, desde el capítulo cuatro hasta el capítulo dieciséis, que se centra en las pruebas científicas y una segunda parte que aborda las pruebas que no vienen del ámbito científico. Es decir, vamos a encontrar compartiendo libro cosas tan variadas como el Big-Bang y el ajuste fino con las apariciones de Fátima y el hecho de que siga existiendo el estado de Israel.

Desde el momento en que nos adentramos en la parte científica, se descubre la intención apologética del libro. Esta es un su gran no-novedad, es un libro apologético clásico. Hay que reconocerles la capacidad divulgativa para explicar de manera inteligible para el gran público el Big-Bang y la perspectiva del Principio Antrópico y el ajuste fino. Es una pena que partes con calidad divulgativa estén jalonadas de citas sin contexto y hechos que de manera apologética llevan a la conclusión de que es necesaria la existencia de un Dios creador y el error irracional del materialismo. Incluso describen la persecución a la que los regímenes totalitarios de la URSS y de la Alemania nazi sometieron a los defensores del comienzo del universo. Han perdido la ocasión de mostrar cómo la ciencia puede verse condicionada, de manera muy relevante, por factores externos a ella, no siempre por parte de las autoridades religiosas, pero se han limitado a hacer una lista de mártires por la causa del Dios creador.

La parte científica continúa asomándose de manera breve a la biología, insistiendo en la línea del ajuste fino, mostrando la imposibilidad de un hecho tan complejo como es la vida sin la intervención divina. Se nota que no es su campo y hacen una aproximación demasiado simplista. Afirman que el universo no es un lugar propicio para la aparición de la vida, descartan aproximaciones científicas a ello, no abordan temas de gran interés para la reflexión científica y religiosa como es el fenómeno de la emergencia. Queda claro que es una excusa para poder afirmar que Dios existe y el materialismo no tiene razón. Algo que no es una conclusión sino una premisa previa.

Termina esta parte con una larga colección de citas que muestran la predisposición de muchos científicos a creer en el inicio del universo y en la consecuencia que conlleva: la existencia de un Dios creador.

En lo que a lo metodológico refiere, se observa una mezcla constante entre conceptos científicos y filosóficos, con un tránsito entre ellos sin distinción. El resultado es un batiburrillo de difícil justificación. No queda claro qué corresponde al campo científico y qué al filosófico o teológico, utilizándose indistintamente en un único discurso sin que medie una apropiada conceptualización y relación. Todo está al mismo nivel.

La segunda parte del libro es todavía más sorprendente ya que aporta “pruebas” que no vienen del mundo científico. Hemos de suponer que siguen siendo pruebas teorizables y demostrables al mismo nivel que la teoría de la evolución, tal y como nos han dicho en la introducción. A lo largo de seis capítulos se desgranar una serie de pruebas relacionadas con las Escrituras, llegando a decir que la evolución está reflejada en el Génesis, o demostrando con citas de los evangelios que Jesús era el Mesías. Las afirmaciones que hacen sobre las escrituras o Israel demuestran un profundo desconocimiento del hecho religioso y su estudio, bien desde una perspectiva teológica confesional o fenomenológica y literaria. Se llega a afirmar que la existencia de Israel a día de hoy constituye una prueba porque es el único pueblo antiguo que mantiene la religión, lengua y patria que tenían hace milenios. Como si la religión judía o su lengua hubieran nacido y mantenidas fijas desde su origen de manera inmutable.

Termina el libro, después de pasar por las apariciones de Fátima, reduciendo 2500 años de filosofía a un puñado de páginas (pp. 477-499) donde nos queda claro que hay argumentos -entre ellos los clásicos de Santo Tomás o el argumento ontológico de San Anselmo (si a alguien no convence es que no lo ha entendido)- para afirmar la existencia de Dios y acabar con el materialismo. De hecho, esa es la conclusión final del libro: el materialismo es “una creencia irracional” (p. 503).

En definitiva, estamos ante un amplio volumen que carece de método, que no constituye ninguna novedad ni nos lleva al albor de una revolución, falto de rigor en muchos de los temas que trata y escrito de manera apologética. Teniendo en cuenta la cantidad de buenos libros que abren preguntas de sentido a partir de los temas que aparecen en esta obra, estamos ante un libro prescindible.

Javier Martínez Baigorri  
baigosj@gmail.com